



ROMANCE MISTICO-TRAGICO

DE

**SANTA GENOVEVA PRINCESA DE BRABANTE,**  
**Y DEL CONDE PALATINO SIGIFREDO**

*Refiérese la peregrina historia y trágica vida de esta penitente anacoreta, sacada del resumen que de la misma Santa está impreso.*

**PRIMERA PARTE.**

No canto fingidos hechos,  
 ni invento falsas novelas,  
 que en dorada copa brindan

estragos á la inocencia.  
 Canto solo para dar  
 un diseño, donde vea

31

el mundo todo, que Dios  
 cual Padre amoroso vela,  
 favoreciendo al que sigue  
 de sus preceptos la senda.  
 Canto la trágica vida  
 de una singular Princesa,  
 cuyos prodigios agotan  
 los rios á la elocuencia.  
 De los Duques de Brabante,  
 cuya antigua estirpe regia  
 produce con los laureles  
 enlazadas las diademas,  
 nació un monstruo de hermosura,  
 de los que naturaleza  
 gasta un siglo en producirlos,  
 pues en ellos solo intenta  
 acumular perfecciones,  
 que el seco frágil desmienta.  
 Por el agua del Bautismo  
 subió á superior esfera,  
 siendo ángel en su alma,  
 la que en su cuerpo lo era.  
 A petición de los Duques  
 su nombre fue Genoveva,  
 aunque despues el de Angel  
 se mereció por sus prendas.  
 Crióse en la tierna edad,  
 dando tan sensibles muestras  
 de su gracia y su donaire,  
 que todos á competencia  
 admiraban ver unidas,  
 en una edad tan pequeña,  
 discrecion de muchos años,  
 y de pocos la inocencia.  
 Apenas empezó á andar,  
 cuando ya dió claras muestras,  
 que al retiro y soledad  
 le destinaba su estrella.  
 A este efecto en un jardin,  
 donde Flora y Amaltea  
 emplearon sus pinceles

para ostentar su destreza;  
 halló un sitio retirado,  
 entretegido de yedras.  
 Aqui formó una capilla  
 de mil primores compuesta:  
 despues hizo un altarcico  
 que fue el ara, donde empieza  
 á ofrecer al Redentor  
 primicias de su inocencia.  
 Esta fue su ocupacion,  
 y al divino culto atenta,  
 no dió lugar á los juegos  
 que lleva la edad primera.  
 Asi vivió entretenida,  
 hasta que su fama vuela  
 por el orbe, despertando  
 Príncipes que la pretendan.  
 Muchos al Duque su padre  
 con muy rendidas ofertas  
 la pidieron por esposa:  
 solo pudo merecerla  
 el gran Conde Palatino  
 Sigifredo, cuyas prendas,  
 aun mayores que su fama,  
 compiten con su nobleza.  
 Celebráronse las bodas,  
 no á gusto de Genoveva,  
 que amaba mas el retiro,  
 y solo por obediencia  
 trocó en brazos de himeneo  
 el puro esplendor de Vesta.  
 Vivieron algunos años  
 disfrutando la riqueza,  
 con que afable la fortuna  
 les brindaba á manos llenas,  
 hasta que le fue precisa  
 á Sigifredo la ausencia,  
 por rebatir el orgullo  
 con que la agarena secta  
 intentaba enarbolar  
 en la Galia las banderas.

P. 2205

No espresaré los suspiros  
 con que sintió Genoveva  
 la marcha de su marido  
 á tan peligrosa guerra:  
 baste decir que lo amaba,  
 que el pecho donde amor reina,  
 mas quiere sufrir la muerte  
 que tolerar una ausencia.  
 Tiene el Conde un mayordomo,  
 á quien con extremo aprecia,  
 á este le encarga que cuide  
 con esmero y diligencia  
 de su esposa, pues se parte,  
 dejándose el alma en ella.  
 Alegróse el mayordomo,  
 y con traidora reserva  
 ofrece rendido al Conde  
 atender á Genoveva.  
 O pobre inocente Conde!  
 ójala no te partieras,  
 pues tienes mayor contrario  
 en tu casa que en la guerra.  
 Ausentóse en fin el Conde,  
 quedándose la Condesa  
 en cinta de pocos meses.  
 El mayordomo que encuentra  
 la ocasion que pretendia,  
 soltó á su pasion la esfera.  
 Primero disimulaba,  
 por no atreverse á la esfera  
 de tanto sol, contemplando,  
 que eran sus alas de cera.  
 Pero como nunca el fuego  
 puede ocultarse, fue fuerza,  
 que en muy estudiadas voces  
 esplicára á Genoveva  
 el incendio que ocultaba;  
 pero siempre la Princesa  
 disimulaba advertida,  
 creyendo que á la insolencia

seria freno el desprecio:  
 mas se engañó, pues empieza  
 sin rebozo el mayordomo  
 á conquistar su pureza;  
 hasta tanto que furioso  
 un dia en su cuarto entra  
 con un puñal en la mano,  
 diciendo de esta manera:  
 Señora, no es atrevido  
 el que fino amante llega  
 á esplicar aquel incendio  
 que por sí se manifiesta;  
 yo vivo por tí muriendo,  
 y por aliviar mi pena  
 he resuelto declararme,  
 porque es preciso que vea  
 logrado el fin de mis ansias,  
 ó que de una vez perezca  
 á los filos de este acero;  
 en tus manos, gran Princesa  
 está mi vida ó mi muerte.  
 Aun no dejó Genoveva  
 que acabára el mayordomo  
 de declarar su insolencia,  
 cuando con un santo enojo  
 desató la pura lengua,  
 diciendo: loco, atrevido,  
 ¿es esta aquella promesa  
 con que ofreciste á mi esposo  
 servirme mientras su ausencia?  
 vete de aqui, sino quieres  
 (indigno de mi presencia)  
 que llamando á los criados  
 castiguen tu desvergüenza.  
 Ausentóse el mayordomo,  
 mas como rabiosa fiera  
 intenta viles venganzas  
 por ver frustrada su idea.  
 Y así un dia á los criados  
 llama con mucha reserva,

y les dice: amigos míos,  
 ya es preciso que mi lengua  
 publique lo que ocultára  
 si tan público no fuera.  
 Sabed, que rotas las leyes  
 de cristiandad y nobleza,  
 vive mal entretenida  
 la Princesa Genoveva  
 con un infame criado,  
 hombre de muy baja esfera.  
 La deshonra es muy notoria,  
 y temo que el Conde sepa  
 lo que pasa en su palacio,  
 antes que yo le dé cuenta.  
 Mi dictámen es, que al punto  
 á este criado se prenda,  
 y que en una oculta sala  
 pongamos á la Princesa,  
 hasta dar aviso al Conde.  
 Egecutó la sentencia  
 el ingrato mayordomo,  
 y envia con diligencia  
 un posta, para que al Conde  
 del suceso diese cuenta.  
 Dejemos marchar al posta,  
 y vamos á la Condesa,  
 que apenas se vió encerrada,  
 cuando en lágrimas deshecha,  
 suspira quejosa al cielo,  
 implorando su clemencia.  
 ¿Qué delito he cometido  
 (decia con dulces quejas)  
 ó Dios, para que así trates  
 á esta humilde esclava vuestra?  
 Pero si es, Señor, tu gusto  
 acrisolarme con penas,  
 vengan mas y mas trabajos,  
 que yo me doy por contenta  
 en saber que los padezco,  
 porque tú, mi Dios, lo ordenas,

pues en mí quiero se cumpla  
 siempre la voluntad vuestra.  
 Crecieron mas sus fatigas,  
 conociendo que se llega  
 el parto, sin tener nadie  
 que pudiese socorrerla;  
 y así sola entre suspiros,  
 entre sollozos y penas,  
 dió á luz un hermoso infante,  
 heredero de su estrella,  
 pues aun antes de nacer  
 ya tenia la sentencia  
 de muerte, que el mayordomo  
 por mas culpar la inocencia,  
 y dar color á su engaño,  
 publicó, que el niño era  
 parto de los torpes lazos  
 en que estaba la Condesa.  
 Apenas le vió nacido  
 sobre la desnuda tierra,  
 la triste madre, le dice:  
 verdaderamente apenas  
 has nacido, hijo del alma,  
 á padecer la tormenta  
 en que naufraga tu madre,  
 y has de ser en mi tragedia  
 cómplice de mi fortuna,  
 porque así el cielo lo ordena,  
 y si en este desamparo  
 no puedo aliviarte, espera,  
 te daré lo que mas vale,  
 alistándote en la Iglesia.  
 Así dijo, y por su mano  
 al punto el agua le echa  
 del bautismo, en cuyo empleo  
 dejo ahora á Genoveva;  
 y en otra segunda parte  
 daré fin á la tragedia  
 de la penitente vida  
 de esta gloriosa Princesa.

## SEGUNDA PARTE,

*En que se dá fin á la peregrina y admirable historia de esta invencible Princesa.*

Militaba Sigifredo  
 contra la tropa agarena,  
 dando asuntos á la fama  
 y triunfos á sus banderas;  
 cuando recibió del posta  
 las cartas, en que le cuenta  
 el mayordomo el enredo  
 con que culpó á Genoveva.  
 Apenas la leyó el Conde,  
 cuando como una cruel fiera,  
 saliendo de sí furioso,  
 exclamó: ó vil Princesa!  
 así miras por mi honor,  
 el tiempo que yo en la guerra  
 con mi propia sangre añado  
 nuevo lustre á tu nobleza?  
 Es posible que así pagues  
 el amor y la fineza  
 con que siempre te he querido?  
 Qué se hizo la firmeza?  
 Mas qué es esto que me pasa!  
 No, no es posible que quepa  
 tal desórden en mi esposa,  
 mas pura que las estrellas,  
 Pero cómo no ha de ser,  
 si lo dice y lo vocea  
 ese infame, que es aborto  
 de tu torpe incontinencia?  
 O tirana, yo te ofrezco  
 el darte la recompensa  
 por tu loco devaneo.  
 Así dijo, y con presteza  
 escribió, y despachó al posta  
 con una carta que entrega

al mayordomo, en que el Conde  
 manda, que con gran cautela  
 al criado den la muerte;  
 y que luego á Genoveva,  
 con el hijo que ha parido,  
 la sacasen á una sierra,  
 donde les quiten las vidas,  
 y que se traigan, por seña  
 de que queda egecutado,  
 la lengua de la Princesa.  
 Alegróse el mayordomo  
 con estas infaustas nuevas,  
 y al punto le dió al criado  
 una bebida, en que beba  
 sin ser sentida la muerte;  
 y manda que á Genoveva  
 la avisen que se prepare,  
 que está su muerte muy cerca.  
 Lleváronla la noticia  
 á esta invencible Princesa:  
 y bañada en tierno llanto  
 envia al cielo sus quejas,  
 diciendo: Jesus piadoso,  
 no es justo que la inocencia  
 padezca tales rigores  
 á manos de la insolencia.  
 Si acaso yo os he ofendido,  
 pague yo sola la pena;  
 pero este inocente niño  
 qué culpa tiene, qué ofensa  
 pudo cometer naciendo,  
 sino nacer de mí mesma?  
 Ay hijo de mis entrañas,  
 que has nacido á tantas penas

por nacer de una infeliz!  
 Mas detente y calla, lengua,  
 que quiero morir gustosa  
 supuesto que así lo ordena  
 aquel Dios, á quien yo he dado  
 de mi amor la mejor prenda.  
 Mientras esto el mayordomo  
 á dos criados ordena  
 que con disimulo saquen  
 hácia un monte la Princesa,  
 con su hijo, y que á los dos  
 les den la muerte, que espresa  
 en su carta Sigifredo,  
 para vengar sus afrentas.  
 Obedecen los criados,  
 y á estos dos corderos llevan  
 para ser sacrificados.  
 Aquí enmudece la lengua,  
 aquí faltan los sentidos,  
 y el corazón titubea  
 al oír el dulce llanto,  
 los suspiros y las quejas  
 con que al partir se despide  
 de su casa Genoveva.  
 Adios, vasallos, decia,  
 adios, montes, adios, selvas,  
 adios, patria amada mia,  
 adios, amigos, que es fuerza  
 obedecer á mi esposo;  
 llorad mis tristes ecsequias,  
 y sedme fieles testigos  
 que mantuve la firmeza  
 que á tal esposo debia.  
 Con esto llegó á la breña,  
 destinada para campo  
 de tan funesta tragedia.  
 Paráronse los criados,  
 y la dicen, Genoveva,  
 como mandados venimos  
 á egecutar la sentencia

que manda el Conde tu esposo;  
 y así es preciso que muera  
 este niño, y luego tú,  
 la misma suerte padezcas.  
 Dijeron, y al dar el golpe  
 en aquella planta tierna,  
 les dijo la triste madre:  
 detened, si no sois fieras,  
 el golpe, y en mí primero  
 ese agudo acero hiera,  
 y no queráis que una triste  
 duplicada muerte tenga,  
 viendo morir á su hijo.  
 Mas por alta Providencia,  
 los criados cõdolidos  
 entre sí mismos conciertan  
 dejar vivos á los dos  
 en aquella oculta sierra.  
 Así lo hicieron, llevando  
 al mayordomo la lengua  
 de un perro, con que ocultaron  
 su compasiva clemencia.  
 Quedáronse los dos solos  
 en la intrincada maleza  
 de aquel monte, sin tener  
 mas abrigo que las peñas,  
 mas amparo que el del cielo,  
 ni mas compañía que fieras.  
 Anduvo pues algun poco  
 al eco de una risueña  
 fuente, que la convidaba  
 con sus cristalinas perlas:  
 se acercó la triste madre,  
 y reparó que allí cerca  
 se ocultaba entre las ramas  
 una retirada cueva.  
 Alegróse por hallar  
 algun sitio, donde pueda  
 reclinar al tierno infante,  
 seguro de tantas fieras.

Levantó al cielo los ojos,  
 y agradece con fineza  
 encontrar algun amparo  
 contra tantas inclemencias.  
 En este tiempo repara  
 que por la celeste esfera  
 baja un Angel, que en sus manos  
 trae una imágen perfecta  
 de Cristo crucificado,  
 y llegándose á la cueva,  
 dice con dulces palabras:  
 ¡oh, amada Genoveva,  
 por mas penas que te sigan,  
 por mas trabajos que tengas,  
 los endulzará Jesus  
 con la sangre de sus venas.  
 En él hallarás alivio:  
 veislo aqui, lo deajo en prenda  
 de que no te desampara,  
 vive en Dios, con él te queda.  
 Desapareciendo el Angel,  
 quedó la santa Princesa  
 tan alentada, que todos  
 los trabajos é inclemencias  
 los llevaba con mas gusto  
 que su perdida grandeza.  
 Así pasó algunos dias,  
 manteniéndose con yerbas;  
 de la intemperie del tiempo  
 á los rigores espuesta,  
 que como no acostumbraba,  
 lo siente sobre manera:  
 que que llegó á tal estado,  
 de su rostro, aun no era sombra  
 de su antigua gentileza;  
 pero lo que mas le aflige,  
 es, que la mucha abstinencia  
 que debilita de modo  
 que á sus pechos falta néctar

con que mantener al niño,  
 que con llantos y con señas  
 por el sustento clamaba.  
 Y acudiendo á la clemencia  
 de Jesus crucificado,  
 reparó, que hácia la cueva  
 se venia presurosa  
 una muy lucida cierva,  
 y que acercándose al niño  
 le dió á mamar albagüena.  
 Con este raro prodigio  
 se consoló Genoveva,  
 y mas viendo que dos veces  
 en cada dia la cierva  
 daba de mamar al niño.  
 Dejemos á la Princesa,  
 y vamos á Sigifredo,  
 que concluida la guerra  
 se volvia á su palacio  
 sin apartar de su idea  
 la muerte que mandó darle  
 á su amada Genoveva.  
 Andaba siempre confuso,  
 culpando su ligereza  
 en mandar quitar la vida,  
 sin examinar las pruebas.  
 Los amigos le acompañan,  
 y piden que se divierta:  
 á este fin dispuso un dia  
 irse á un bosque donde pueda  
 divertir su pensamiento  
 con la gustosa tarea  
 de la caza, y convidando  
 á sus parientes, se acercan  
 á un monte, y á pocos pasos  
 descubrió el Conde una cierva,  
 que medrosa se retira;  
 y Sigifredo se empeña  
 en seguirla, y fue hasta tanto  
 que se amparó de una cueva,

adonde al Conde guiaba  
 la divina Providencia.  
 Desmontóse del caballo  
 para hallar con mas presteza  
 la cierva que perseguia;  
 y muy cerca de la puerta  
 divisó un vulto, y dudando  
 si era hombre ó si era fiera,  
 entre confuso y turbado,  
 le pregunté, que quién era?  
 Entonces ahogada en llanto  
 le respondió la Princesa:  
 soy una infeliz muger,  
 á quien trajo á esta aspereza  
 el haber sido constante;  
 y por escusar molestias,  
 digo de una vez que soy  
 la infelice Genoveva.  
 Apenas la escuchó el Conde,  
 cuando postrándose en tierra,  
 la pide que le perdone,  
 diciéndola: ó gran Princesa,  
 yo soy quien tiene la culpa,  
 por creer con ligereza  
 delitos donde no caben.  
 Perdóname, amada prenda,  
 y á trueque de verte viva,  
 cesen pasadas ofensas.  
 Convocó á los compañeros,  
 y del caso les da cuenta.  
 Vinieron á la ciudad,  
 y con suntuosas fiestas  
 celebraron el hallazgo  
 del Infante y la Princesa.

Luego al punto manda el Conde  
 que al mayordomo se prenda,  
 y que atado á cuatro brutos  
 pague el infame la pena  
 de haber supuesto un delito  
 contra tan santa Princesa.  
 El gusto le duró poco,  
 porque la mucha abstinencia  
 que por casi siete años  
 padeció esta gran Princesa,  
 la redujo á tal estado,  
 que sin poder socorrerla  
 llegó al trance de la muerte,  
 porque es tiempo de que tengan  
 premio ya tantos trabajos,  
 y goce de gloria eterna.  
 Sintiólo en extremo el Conde,  
 que fino amante quisiera  
 morir tambien con su esposa,  
 por no morirse de pena.  
 Y viendo cuan poco dura  
 de este mundo la grandeza,  
 se retiró con su hijo  
 á una religion austera,  
 donde haciendo santa vida,  
 fueron á gozar la eterna.  
 Esta es la admirable historia  
 de la gloriosa Princesa  
 de Brabante, cuya vida,  
 la santa Romana Iglesia  
 nos propone para egemplo.  
 Pidámosla nos defienda  
 de traidores enemigos  
 y de las nocivas lenguas.

**FIN.**

*Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, núm. 18,  
 donde se hallarán otros diferentes títulos.*